

## VEINTICINCO AÑOS SIN DÁMASO

PALABRAS PRONUNCIADAS POR D. JOSÉ ANTONIO PASCUAL, VICEDIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, CON MOTIVO DEL HOMENAJE A DÁMASO ALONSO CELEBRADO EN LA FERIA DEL LIBRO DE MADRID EL 7 DE JUNIO DE 2015 A LAS 20 HORAS

### El poeta

En el adelgazamiento que han ido sufriendo mis recuerdos —librescos en su mayor parte— en este cuarto siglo que llevamos sin Dámaso Alonso, hay una imagen que se me superpone a todas las demás: verlo romper una lanza por Góngora, codo con codo con poetas de su generación, como Gerardo Diego, Rafael Alberti o Federico García Lorca. El acto de reivindicación gongorina del 17 de diciembre de 1927, celebrado en el Ateneo de Sevilla, no solo fue la exaltación que unos poetas que algunos consideraban a la violeta hicieron de una figura literaria preterida, sino también la defensa de una nueva forma de poesía. Era todo ello la consecuencia de una idea de la literatura que tenía que ver con lo que de una manera inadecuada, pero comprensible, podríamos llamar un regeneracionismo literario. O, mejor, de una regeneración filológica, pues esta actuación se llevaba a cabo por gentes que no solo buscaban dar con una nueva poesía, sino que lo hacían como consecuencia del conocimiento que muchos de ellos habían adquirido mientras trataban de levantar el edificio de la Filología española, siguiendo los planos trazados por don Ramón Menéndez Pidal.

Algo tenía ese acto sevillano de tarjeta de presentación de quienes respiraban el aire de la nueva filología en el Centro de Estudios Históricos y podían permitirse romper sin el menor temor con tantas convenciones referidas a la interpretación tradicional del pasado. Había que estar muy seguro de las cosas para dejar de lado el canon estético impuesto con la publicación del *Diccionario de Autoridades* y demostrar que, en el plano poético, Góngora no merecía ser despreciado por unos excesos que no eran sino el cauce de una nueva poesía exigente y total. La seguridad para defender esta idea partía de la coincidencia entre poetas, filólogos y poetas-filólogos. Este último era el caso de don Dámaso, que con su edición de *Las soledades* había sido capaz de hacerlas gustar y entender, mostrando cómo las nieblas que rodeaban a este texto se disolvían cuando se le aplicaban coherentemente las reglas del juego de esa poesía innovadora. Poesía innovadora, como pretendía serlo la que estaba surgiendo en ese momento y que luego se la iba a conocer como la del veintisiete.

Esa lanza rota por Góngora era, pues, en gran medida, una prueba de adónde podía conducir la Filología hispánica que llevaba cultivándose un cuarto de siglo en nuestro país, a la vez que una defensa un nuevo modelo de escritura poética. Quienes tramaron esa celebración tuvieron sumo cuidado en que, a la vuelta del camino, ya en el año 1928, cuando Falla estrena el “Soneto a Góngora” en la sala Pleyel de París, Góngora se hubiera convertido en uno de los protagonistas de la prensa de la época:

en periódicos como *The Times*, *La Nación de Buenos Aires*, *La Prensa de Buenos Aires*, *La Gaceta de Salamanca*, *La Voz de Asturias*, *El Diario de Huelva*, *El Liberal*, *La Voz*, *El Diluvio de Barcelona*, *La Libertad*, *El Sol*; en revistas como: *Deutsche Literatur Zeitung*, *Mercure*, *Les Nouvelles Littéraires*, *L'Homme Libre*, *Monterrey* (de Río de Janeiro), *Martín Fierro*, *Revista de las Españas*, *Mediodía*. Quienes, por otra parte, daban cuenta cumplida de esta ruptura eran filólogos y escritores de la talla de Karl Vossler, Aubrey F. G. Bell, Rafael Laffont, Albert Thibaudet, Jorge Luis Borges, Pedro Henríquez Ureña, Francisco Maldonado de Guevara, Manuel García Blanco, Antonio García Boiza, Francisco Lucientes, Eduardo Gómez de Baquero, Luis Morales Oliver, Pedro Sainz Rodríguez, Miguel Herrero García, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Américo Castro, Miguel Artigas, Juan Chabás.

Don Dámaso estaba en la vanguardia de la vanguardia de esa nueva sensibilidad poética y científica tan distante de la de quienes se consideraban los depositarios de las claves estéticas de la literatura. Son comprensibles las disidencias ante cualquier cambio relativo a las ideas estéticas y, por supuesto, a las filológicas, como las que podían darse entre los jóvenes poetas y Miguel de Unamuno, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. Vale la pena, en cambio, olvidar otras como la de D. Luis Astrana Marín, de quien retengo solo la siguiente afirmación, para mostrar dónde puede conducir la obcecación: “el gongorismo no aportó nada al arte de la poesía y menos que nada al de la prosa”, en la misma línea de Menéndez Pelayo, de quien tanto hemos aprendido los filólogos; lo cual no nos obliga a estar de acuerdo con su idea de “lo vacío, lo desierto de toda inspiración, el aflictivo nihilismo poético que se encubre bajo esas pomposas apariencias” de la poesía gongorina.

D. Américo Castro, en un artículo publicado en ese mágico 1928 en *La Nación* se refería a las dificultades que iban a darse para con una tradición, capitaneada por la Academia Española, que “acordó hace tiempo no hacer fiesta del artista del hipérbaton y de las metáforas nefandas. Tardará aún muchos años en renovar la corporación académica”. Y se tardó, en efecto, en disentir de un canon en el que solo hubiera sitio para Lope. Incluso, tras el encumbramiento gongorino a que acabo de referirme, Lope siguió siendo para la mayor parte de la gente el referente de la lengua poética. Basta con leer las actas de los Plenos de la Real Academia Española a lo largo de esos cinco años que preceden a nuestra guerra civil para comprobarlo, dados los numerosos homenajes que se perpetran contra el poeta llano como la vega, con el pretexto de mil tipos de conmemoraciones, en un país que, como señaló Claudio Guillén, disfruta organizando la cultura a golpe de centenarios. Al final calaron las ideas del 27 y Góngora dejó de ser un poeta maldito, sin que con ello hubiera perdido Lope de Vega —no se pretendía— la preeminencia en el escalafón.

### **El filólogo**

Encontrándome hoy aquí con ustedes, que en gran parte pertenecen al gremio de los poetas, he querido enfocar la persona de Dámaso Alonso por la atención que, junto con la mayor parte de los compañeros de su generación, prestó a la poesía de Góngora; atención paralela a la defensa de su propia poesía. He querido ir dejando en el aire, junto a esta condición de poeta, la de filólogo, que en esta ocasión no fue contradictoria, ni supuso que una perjudicara a la otra o la otra a la una. Desde luego

su capacidad para hacernos entender la poesía de Lope, Garcilaso, Juan de la Cruz o Góngora ha condicionado en gran medida las ideas literarias de las personas de mi generación; pero incluso su modo de afrontar los aspectos en apariencia menos atractivos de la Filología, como los que pertenecen al duro campo —duro para quienes no se dedican a él— de la comparación lingüística, por el que hubo de moverse, casi por su obligación, supo ir mucho más allá de la superficie de las cosas.

Figurémoslo por un momento en su casa, rodeado de cientos de libros, con las mejores revistas que tenían alguna relación con la Filología románica, como la *Revista de Filología Española*, *Zeitschrift für romanisches Philologie*, *Hispanic Review*, *Volkstum und Kultur der Romanen*, *Revista de dialectología catalana* ... Si nos detuviéramos unos momentos alguna de ellas, por ejemplo el número 10 de *Romance Philology*, de 1956, nos sorprenderíamos por algunas precisiones que hace en los márgenes a un importante artículo de Diego Catalán sobre el asturiano. Y no digamos nada de la cuidadosa lectura, reflejada en las miles de observaciones hechas con varios colores, formando un mosaico de información, que va haciendo en un artículo de Ronald Walpole que choca con otro suyo sobre la glosa emilianense.

La seducción de la prosa damasoalonsiana surge de un lento y concienzudo trabajo. El mismo esfuerzo con el que consigue una elegante claridad en la exposición de los datos con los que construye sus lucubraciones lingüísticas. Es fácil comprobarlo con los rastros que ha dejado en los libros de su biblioteca, como es el caso de los que proceden de su atención al sardo, al que tenía que acudir para argumentar en un libro fundamental para los hispanistas, publicado como apéndice a la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Para comprobarlo, me he adentrado por la *Historische Lautlehre des Sardischen* de Max Leopold Wagner, donde he podido comprobar con cuanto cuidado leyó esta obra: desarrollando a lápiz las abreviaturas que aparecen en ella o haciendo explícitas las referencias numéricas con que se remite a distintos lugares de Cerdeña. Iba destacando a la vez, por medio de alguna observación, de una llamada de atención o de un subrayado, cualquier asunto fonético que le interesara para su trabajo, como los referentes a los sistemas vocálicos del sardo, al comportamiento de las consonantes palatales -Ge,i- o -J-, a la evolución de las consonantes bilabiales sonoras latinas y a muchos hechos fonéticos más. Y, de paso, se iba fijando en otros datos que pudieran serle de interés, como ocurre con algunas referencias a las relaciones del sardo con el español o con el rumano...

Estoy seguro de que algunos se estarán preguntando por qué he metido el cuevo en este costal de harina filológica —aunque habrán visto que me he movido ahí como sobre ascuas—. No piensen que pretendo con ello alejarlos de la Feria del Libro. Lo he hecho porque me parecía imprescindible que no tuvieran ustedes que fiarse solo de mi palabra, dado el género retórico que he de practicar en un homenaje, para admitir que la misma exigencia en lo poético que todos percibimos en la poesía damasoalonsiana se puede comprobar igualmente en su trabajo como filólogo.

Un trabajo que va muchísimo más allá de lo que he expuesto. A don Dámaso le debemos los hispanistas no solo los productos nacidos de su ingenio, pues somos deudores también una cuidadosa programación bibliográfica que dio origen a una importante colección filológica publicada por la editorial Gredos. Gracias a esta

colección, quienes en los años '60 nos iniciábamos por los caminos de la Filología hemos tenido, desde nuestra propia lengua, acceso a obras fundamentales para la romanística como las de Wartburg, Lausberg, Martinet... Y hemos podido contar con el diccionario de Corominas, que sin la arriesgada intermediación de Dámaso Alonso difícilmente se hubiera logrado publicar. Sin esta labor editorial los hispanistas hubiéramos tenido que vencer bastantes dificultades para ir un poco más allá de la Gramática histórica de nuestra lengua y acercarla a las demás de la Romania.

Pero saquemos por unos momentos a D. Dámaso del duro bregar en la preparación de un artículo y veámoslo ahora, más relajado, leyendo un libro de Ángel González Palencia, titulado *De Lazarillo a Quevedo*. Supongo que hubo de mosquearse cuando al llegar a la página 259 se encontró con una afirmación tan pacata como la siguiente: “La divina providencia, guía de investigadores”. Él escribe al margen algo que no necesita comentario: “creo que la Divina Providencia tendrá otras cosas en que *ocuparse*”.

### **El académico**

Ya tenemos a don Dámaso, esquinado primero con una Academia antigongorina e instalado, no obstante, después en ella. En lo que no veo ninguna contradicción, pues entre una situación y otra media la capacidad de convicción de Ramón Menéndez Pidal de hacer entender a la corporación académica la oportunidad de franquear la entrada en ella a quienes por trabajar con él podían hacer mucho por su renovación. Uno de estos discípulos fue Dámaso Alonso, de cuya actuación como académico no voy a hablar más que para decir que, siendo su director, fue capaz de llevarla a buen puerto; que supo ver que el español del que nos servimos nosotros es de todos los que lo hablan; que percibió bien que la variedad de una lengua es una verdadera riqueza; que entendió —dicho con un sustantivo que no me gusta— que una de las mayores fortalezas de nuestra lengua es su unidad. Su unidad, insisto en ello, que no tiene nada que ver con su uniformidad.

Me conformaré haciendo, para terminar, un apunte de don Dámaso durante un pleno de la Academia, viéndolo salpimentar con un poco de humor un cierto aburrimiento, combinado con una desazón vital más profunda. Espero que esto enlace bien con las palabras que ha de pronunciar después Javier Lostalé referentes al encuentro de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

Está tomado mi apunte de los propios versos del propio poeta escritos en la primavera de 1959. El título es *A Vicente* y reza así:

Vicentico, Vicentico,  
ya te lo decía yo:  
la gran zorra de la vida  
nos ha engañado a los dos.

Cuando los jueves te miro  
retrepado en tu sillón,  
pienso en Dámaso y Vicente  
(y en Ramón que nos dejó)

....

Cuando los jueves te miro  
retrepado en tu sillón,  
tan estirado y tan grave,  
me corre como un temblor

pronto hemos de estar más graves,  
más estirados los dos.  
(Allá, en lo negro absoluto,  
ni una línea, ni una voz).

Vicentico, mi Vicente,  
hijito, te dije yo  
que esa zorra de la vida  
nos la jugaba a los dos.